

38 aniversario de Luminosa
Centro Mariápolis “Luminosa”, Las Matas (Madrid)
Testimonio de p. José-Damián Gaitán, ocd

Para nosotros, los cristianos, sin duda Jesús es por excelencia “la luz del mundo”, como él dijo de sí mismo (Jn 9,5; 12,46).

Pero fue el mismo Jesús quien invitó a sus discípulos a llevar y ser esta luz del Evangelio a todo el mundo: “¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. ¹⁶Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 14-16).

Podemos decir que Margarita Bavosi, Luminosa, fue una persona que realizó plenamente estas palabras de Jesús. Se dejó iluminar por Él, y su misma persona era reflejo de esa misma luz, de la que se alimentaba. Esto lo entendió bien de ella Chiara Lubich, cuando le dio precisamente el sobrenombre de “Luminosa”, con el que ella se dejaba llamar sin ningún rubor, porque lo entendía más que como una alabanza, como una llamada a ser aquello que Jesús pidió a todos sus discípulos. Lo cual ha quedado muy bien recogido en la oración, aprobada por la Iglesia, para pedir a Dios su beatificación: “La luz que en ella brilló la hizo ser espejo vivo de tu Resurrección permanente entre nosotros”.

Recuerdo que conocí a Luminosa en el mes de septiembre de 1974, y aquel encuentro, totalmente fortuito, dejó una huella positiva en mi vida. En seguida comprendí que era alguien que transparentaba la luz de Dios en lo que hacía y decía.

La suya no era una luz que deslumbrase. No decía: mirad, aquí estoy yo. No pretendía convertirme, pero su presencia convertía. Porque sabía ponerse siempre al nivel de su interlocutor, y, por lo mismo, este se sentía valorado, amado y comprendido en lo que era y hacía.

Quizá, por eso mismo, su figura ha seguido siendo para mí una presencia “luminosa”, a pesar de los muchos años que ya han pasado desde que dejó de estar físicamente entre nosotros.

Pero, lo que se veía hacia fuera, no era más que lo que ella vivía dentro de sí misma. O mejor, cuidaba su relación con Dios sin componendas fáciles, no sólo para su propia santificación, sino precisamente para luego saber y poder dar ese Dios a los demás a manos llenas. Como dice la frase que está escrita en la lápida de su tumba: “He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

Lo que se ve en los escritos de Luminosa es su constante deseo de estar enraizada en Dios con todo su ser. Y que era algo que no sólo cuidaba, sino a lo que daba un valor de primer orden.

Hoy sólo a través de los escritos que nos dejó Luminosa podemos saber algo de su intensa vida interior. Lo que disponemos de ella son sus diarios personales y cartas a Chiara Lubich, en los que aparece sobre todo su relación con Dios; y sus cartas a otras personas, en las que se pone de manifiesto su forma de transmitir el entusiasmo por aquella vida de Dios que a ella le apasionaba. Pero lo más lo sabremos en la otra vida.

Ya dejó escrito santa Teresa que en la morada interior “pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma” (1M 1,3). Casi todos los textos que se leerán a

continuación tienen este tono de amor profundo a Dios, escondido a los ojos de los demás en la mayoría de los casos. Como ejemplo, me gusta especialmente uno, que corresponde a una carta que ella escribió a Chiara Lubich, a los pocos años de haber llegado a España. La carta lleva fecha del 05.05.1976, y dice así:

"Hoy, mientras conducía sola por las calles de Madrid, me sentía feliz por haber hecho, por poder seguir haciendo todo por Él, todo. Me alegraba que la mayoría de mis actos fueran desconocidos para los demás, que nadie los supiera, de manera que de verdad pudieran ser sólo para Él, para decirle: TE AMO(...).

Siento que Dios me llama a una soledad, donde los demás no tienen nada que ver, y sólo después, a partir de Él, la relación con alguien tiene sentido para mí...".

Su llamada a la soledad interior no era en ella, ni mucho menos, un deseo de vivir cómodamente replegada sobre sí misma, sola consigo misma. La suya era una soledad habitada por Dios, como en el caso de los grandes santos y místicos. Como debería ser en todo cristiano.

En sus diarios se puede constatar hasta qué punto es contundente dicha presencia de Dios en su vida: no como algo, sino como alguien a quien se ama, o se desea amar, con todo el ser, con toda la vida.

Pero no estamos ante una relación de sumisión a un Dios todopoderoso y lejano, sino ante una relación de reciprocidad en el amor. Se siente llamada a amar a aquél de quien, a su vez, se sabe amada. De ahí que aparezca, en algunos de sus escritos de los primeros años setenta, la imagen sponsal para explicarse a sí misma cómo desea que sea su amor.

Este amor tan totalitario y exclusivo a Dios fue forjando, sin duda, toda su vida; pero no como algo previamente adquirido, sino como un compromiso diario de fidelidad, año tras año, a este gran ideal que daba sentido a toda su vida, y que era Dios.

La imagen sponsal para expresar todo esto es algo que también está muy de acuerdo con la tradición mística cristiana, con fundamento, por otra parte, en la misma Sagrada Escritura, aunque quizá no era muy frecuente en la espiritualidad de aquellos años del posconcilio, que es cuando vemos que ella la usa.

En mi opinión, sin embargo, me parece que sigue siendo una imagen necesaria en nuestros días, porque, independientemente del estado de vida de cada uno, nos habla de la vida cristiana como una experiencia de amor y de enamoramiento; en primer lugar, en relación con Dios. Es lo que Luminosa dejó escrito en el texto leído más arriba: "Sólo después, a partir de Él, la relación con alguien tiene sentido para mí...".

Y como dice santa Teresa, en donde está Dios está todo el cielo, y todas las cosas que Dios ama (*Camino de perfección*, 28,13). Para Luminosa este amor a Dios tan exclusivo no es ni mucho menos algo etéreo. De hecho, el suyo no es un Dios imaginado, sino aquel que se nos reveló y se nos sigue revelando en Cristo; y que además se hace presente y se nos da en la Eucaristía.

También María tiene un puesto muy importante para Luminosa en su camino de encuentro con Dios. Y el día a día de lo que Dios, y la vida, le van dando. Así escribe en su diario el 23.07.74:

“... Hay muchas cosas que me llenan o me gustan, cosas bonitas y buenas, y me parece que Tú no estás descontento de que las tenga, es más, eres Tú mismo el que me las das, pero debo estar atenta a no tener otro Dios más que Tú, y solo en Ti amar ordenadamente todo lo demás.

Tú me llamas a la más alta soledad y a la unidad más estrecha con todos.

No restringir el corazón, sino ensancharlo.

¡Qué bello es esto, Jesús! ¡Qué alivio!”

Por otra parte, la realización de la petición de Jesús al Padre: “Que todos sean una cosa sola, como tú, Padre, en mí, y yo en ti” (Jn 17,21), da sentido, en su vida, tanto a su compromiso personal de relación con Dios, como a sus relaciones con la gente, incluso cuando, a causa de la enfermedad, que poco a poco le fue minando las fuerzas, se ve obligada a estar alejada físicamente de los lugares y personas con las que, en años anteriores, había compartido tiempo e ilusiones.

Con todo esto no estoy queriendo decir que Luminosa fuera perfecta desde el principio. Todos sabemos que no siempre acertamos, y que nos equivocamos. Ella también era consciente de esto que estoy diciendo, cuando, por ejemplo, en una carta de 1973, escribe así a una focolarina:

“Quisiera pedirte perdón a ti y a todas... No lo digo por decir una frase hecha (...)Os pediría una cosa: no os paréis nunca a las cosas que digo o cómo las digo, porque en mi alma no son así. De este modo nos ayudaremos recíprocamente a mirarnos como Dios nos ve y, por tanto, en la verdad” (texto publicado en el boletín del 2014).

Concluyo con una experiencia personal. Cuando vengo a este Centro Mariápolis Castillo Exterior, me gusta entrar en la capilla, para saludar, sin duda, a Jesús Eucaristía, la piedra angular sobre el que se fundamenta este edificio, pero también para rezar a Luminosa, y pedir que ella siga ayudándonos, y ayudando a todos los que pasan por aquí. Un día, estando así en la capilla, entró una señora ya mayor, que en ese tiempo estaba un tanto demenciada, pero que había tratado a Luminosa bastante en el pasado. Se sentó, miró a la derecha, y leyó en voz alta: “¡Margarita Bavosi, Luminosa!” Y comentó a continuación, también en voz alta: “¡Es la nuestra!”. Sí, la nuestra, porque ella, aunque no era de aquí, supo identificarse con nosotros totalmente. Y eso explica que, aunque falleció en Roma, ahora sus restos reposen entre nosotros, y, desde ese rincón de la capilla de este Centro Mariápolis, pueda seguir indicándonos el camino que lleva a Dios.

José-Damián Gaitán

07-03-2023